

LA “PIETAS CALASANCIA” EN UN COLEGIO HOY:

EXPERIENCIA DE DIOS, INSTRUCCIÓN CATEQUÉTICA, CAMBIO DE COSTUMBRES.

P. Guillermo Ferrís García, CVMD

1. INTRODUCCIÓN

Me ha tocado en suerte este título, me lo asignó Gonzalo y, ciertamente que ha sido para mí una suerte, una bendición haber podido adentrarme un poco por las sendas de lo que esconde esta palabrita (“Piedad”) tan poco de moda y tan silenciada en nuestros días (por obvias y acertadas razones muchas veces). ¡Cuánto de bueno me ha parecido intuir que hay encerrado en estas seis letras! ¡Qué maravilloso que Calasanz nos haya hecho el legado de misionar entre los niños imbuyéndolos, empapándolos, sumergiéndolos, en la Piedad (y en las Letras)! Ojalá que lo que sigue nos sirva y ayude un poquito a todos.

No sé con qué motivo, recuerdo que allá por mí ya lejano prenoviciado, el entonces Maestro de prenovicios me espetó de un modo lapidario, como sólo él sabe hacerlo: “Pero, ¿tú sabes lo que es la *Piedad* (la “*Pietas*”)?” Y él mismo contestó sin dejarme respirar: “*El sentimiento del deber, el amor, para con Dios y para con los padres.*” Aquella definición se me quedó grabada y, la verdad, me ha servido de mucho en ciertos momentos, como creo así ha sido. Ahora que dicho padre y yo somos hermanos de comunidad y él continúa de alguna manera con sus “latines” me ha echado una manita para acabar de completar la faena iniciada tiempo atrás.

2. EL TÉRMINO “PIETAS”

¿Por qué considero importante clarificar un poco el significado latino de este término antes de seguir adelante? Por la sencilla razón de que Calasanz fue un excelente latinista. Conocía y manejaba el latín a la perfección y con la precisión que sólo esta lengua tiene. Hay que estar muy atento cuando se traduce a Calasanz porque cuando escribe en latín ‘clava’ las palabras con todo su sentido y todo su peso. Por ello, estoy convencido que cuando él eligió el término Piedad (*Piedad y Letras*), para sintetizar lo esencial de su obra, no lo hizo ni por razones del mero contexto histórico y social, ni mucho menos porque fuera un término más o menos común en la espiritualidad de la época. Cuando puso Piedad quería decir Piedad. Podía haber elegido otros como Fe, Devoción, Temor, etc. y, de hecho, no fue así. A decir verdad, el término “Temor de Dios” va a estar casi en paralelo con el de “Piedad” en la boca de Calasanz; pero por la sencilla razón de la íntima relación y proximidad que existe entre ambos. Piedad y Temor de Dios, los dos últimos dones del Espíritu Santo puestos por Calasanz a la cabeza de su obra. “*Principalmente la Piedad*” –repetirá hasta la saciedad.

La **Piedad**, por tanto, es en su sentido primigenio:

- **Amor filial** (para con Dios, en primer lugar, y para con los padres). Etimológicamente (parece ser que procede de ‘*Pius*’) es el amor que brota de un corazón puro, inocente¹.

¹ Algo así como el amor que brota del corazón de los niños pequeños que no han perdido todavía la inocencia bautismal. Calasanz verá en ello una de las más claras manifestaciones de la necesidad de su obra: *porque en la escuela no sólo se arrepienten muchos de muchas ofensas contra Dios, sino que diariamente se conservan otros muchos en la inocencia bautismal.* (Tonti 15)

- Pero no mero sentimiento, sino amor filial **que se expresa, que se muestra de un modo concreto**:
 - Amor que cumple todos los deberes respecto de Dios y de los padres; por lo tanto, amor de *agradecimiento* por todo lo recibido.
 - Amor que expresa dicho agradecimiento, amor que se ofrece, que se entrega a modo de víctima (*Piaculum* = víctima ofrecida en sacrificio). Amor de oblación por sentido de pertenencia. Amor de consagración (a Dios).
 - De ahí que se concrete en ‘actos’, ‘devociones’ y ‘oraciones’ de todo tipo (respecto de Dios) y en una veneración y obediencia atenta y cuidadosa (respecto de los padres).

Aun a riesgo de adelantar conclusiones posteriores, parece evidente que Calasanz vio con claridad que *en sembrar este amor de hijos para con Dios Padre en el corazón de los niños pequeños estaba lo principal de la obra evangelizadora de la Iglesia*². Sembrar la Piedad (el amor filial) en el corazón de los niños, enseñándoles a expresar dicho amor y a vivir según él, completando esta obra con las “Letras” para que en cada niño se reprodujera el “crecía en edad, gracia y sabiduría delante de Dios y de los hombres” de Jesús; eso fue el todo de su obra. “*Pues si desde la infancia el niño es imbuido diligentemente en la Piedad y en las Letras, ha de preverse, con fundamento, un feliz transcurso de toda su vida.*” (CC 2). ‘Imbuido’ (*imbuantur*), ‘diligentemente’ (*diligenter*); he aquí una vez más ‘los latines’ de Calasanz sobre los que habría que detenerse por lo preciso y certero de su uso. No podrá ser tarea de esta charla.

1ª Síntesis: La Piedad, amor filial que es entrega del corazón y de la vida a Dios por agradecimiento y por pertenencia, y que se expresa por medio de diferentes actos.

3. EL DON DE PIEDAD

Por lo dicho hasta aquí, ya vamos viendo que la “Pietas Calasancia” viene a ser algo así como un “ser hijo de Dios Padre en la escuela calasancia” o “La escuela Calasancia: la escuela que hace de los pequeños, hijos de Dios Padre; una escuela que da a los niños la identidad de hijos de Dios y les enseña a expresar dicha filiación y a vivir según ella.”

Nosotros hemos sido creados todos para ser hijos de Dios. Hemos sido creados a imagen del Hijo único de Dios. Sin embargo todos nacemos heridos en nuestra naturaleza de tal modo por el pecado que bien podemos afirmar que hemos perdido esta condición de hijos. Llamados a participar de la misma naturaleza de Dios (como hijos) pero nacidos en una naturaleza de pecado. ¡He aquí el drama de todo hombre –creyente o no-! Porque llevamos esta marca, esta llamada en nuestra carne por el hecho de venir de Dios mismo y estar llamados a Él como plenitud de nuestra existencia. Pero Dios, viéndonos en esta ruptura interior, en este sufrimiento existencial (que acompaña a todo ser humano) ha querido restaurar en nosotros su imagen y, en su misericordia, darnos la dignidad de hijos: ha enviado a su Hijo único para hacernos sus hijos. ¡He aquí el anuncio definitivo de la salvación! Y dirá san Pablo (y san Juan): ¿Quién nos hace hijos? ¿Cómo podemos llegar a nacer de nuevo y recibir esta nueva naturaleza, la naturaleza misma de Dios? ¡El Espíritu Santo, el Espíritu del Hijo, es quien nos hace hijos! Es el Espíritu el que clama en nuestros corazones: ¡Abbá, Papá! Nos hace hijos y nos enseña a vivir como hijos. Y aquí es donde

² Cf. Memorial al Cardenal Tonti, nº 6 (*Ministerio en verdad el más digno, el más noble, el más meritorio, el más beneficioso, el más útil, el más necesario, el más enraizado en nuestra naturaleza, el más conforme a razón, el más de agradecer, el más agradable y el más glorioso*)

se ve con claridad que la Piedad es un don del Espíritu Santo: el don de Piedad es el don por el cual el Espíritu Santo nos enseña a vivir como hijos, ***es el don por el que el Espíritu Santo nos enseña a relacionarnos con Dios como hijos***. Y esto ¿con quién lo hace, a quién lo da, el Espíritu?: “*Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes, y se las has revelado a pequeños. Sí, Padre, pues tal ha sido tu beneplácito.*” (Lc 10, 21) ¡Este don, Dios lo concede a los pequeños: a los niños y a los que tienen un corazón de niño! Y ¡esto lo vio Calasanz! Vio en el corazón de los niños el lugar óptimo en el que el Espíritu Santo podía engendrar un hijo para Dios Padre. De ahí que la Piedad, junto con el Temor de Dios, fuera desde el principio el todo de su obra.

2ª Síntesis: La Piedad, el don por el que el Espíritu Santo que nos hace hijos nos enseña a relacionarnos con Dios como Padre.

4. LA PIEDAD DEL HIJO

Pero, ¿qué significa ser hijo? ¿en qué consiste vivir como hijo? ¿cómo se manifiesta el don de la Piedad?

Estas preguntas, o mejor, esta pregunta formulada de diferentes maneras, no habría podido hallar respuesta alguna de no haber sido porque Dios mismo, no sólo ha querido ser Padre para nosotros, no sólo es Espíritu Santo espléndido en sus dones, sino que es, para nosotros, Hijo. Si Él mismo es Hijo, si Él mismo ha querido ser Hijo hecho hombre, es para revelarnos a nosotros qué es ser hijo de Dios. Si queremos conocer qué es el don de la Piedad no tenemos más que acercarnos a aquel que ha sido Hijo de Dios en verdad, el Hijo único de Dios que ha adoptado nuestra misma naturaleza y ***contemplar en su relación de amor con su Padre la máxima expresión de la Piedad.***

Pues bien, el amor filial de Jesús a su Padre, su Piedad, ha existido y crecido en él desde su más tierna infancia.

Acerquémonos a la infancia y vida de Jesús y tratemos de ver en la relación de amor de Jesús con su Padre la más plena manifestación de la Piedad.

4.1. Jesús entre los doctores (Lc 2, 41-50).

Ya sabemos todos que de la infancia de Jesús la Escritura nos dice muy poco. Hay aproximaciones muy interesantes a lo que pudo ser su ‘vida de piedad’ partiendo de las prácticas habituales de una familia judía de la época. Pero incluso estas aproximaciones difícilmente pueden dar razón de la particular, exclusiva e íntima relación que Jesús entabló con Dios *su* Padre. Algo poco habitual se dio en dicha relación porque en un momento dado, -ya conocemos todos el pasaje- cuando nadie lo esperaba, se produjo la primera manifestación sorprendente –al menos recogida en las Escrituras- de su piedad de niño.

Interesantísimo todo lo que dice sobre el pasaje el P. Rafael Belda en su libro “*Al paso de los niños*”. La hipersensibilidad de este niño sediento de las cosas de Dios. Su atención, escucha e interés a los doctores de la ley que sorprendió a todos los presentes. El ansia de conocer y de encontrar a *su* Padre que le lleva a desentenderse de todos los que hasta el momento habían constituido su seguridad y, en definitiva, aquellos que otorgan identidad y constituyen la seguridad de cualquier niño: sus familia y sus amigos.

Muy importante en el pasaje una frasecita un poco perdida: “*y le buscaban entre sus parientes y conocidos.*” José y María, al no encontrar a Jesús le buscan, lógicamente, en los dos medios sociales en los que cabe encontrar a un niño: su familia o sus amigos.

Ello da, si cabe, más fuerza a lo que va a ser la primera manifestación de la piedad de Jesús: una relación con *su* Padre de mayor intensidad, de mayor urgencia, más fuerte que el apego que todo niño experimenta a sus padres y a sus amigos.

Para dejarlo más claro. María, al encontrarlo en el templo empleará –la única vez en todo el Evangelio- el término ‘*técnon*’ (hijo engendrado por mí; hijo mío, salido de mis entrañas) al referirse a Jesús. Con ello el evangelista refuerza en labios de María el vínculo de carne y sangre que hay entre la madre y el hijo. Y al hablar de san José, dirá: “Tu padre y yo, *angustiados*, te andábamos buscando”, para reforzar el vínculo de autoridad y tocar la sensibilidad del niño por medio del afecto y del dolor experimentado por sus padres. Con su respuesta, Jesús les dirá: *¿Por qué me buscabais* (se podría añadir: “entre los parientes y conocidos”)? *¿Por qué me pedís que responda antes a la carne y a la sangre, al afecto o a la amistad que a la voluntad de Dios sobre mí? ¿Por qué les pedís a la carne y la sangre, al afecto y al cariño de las personas que den razón de mi vida y de quién soy yo? Ni los padres con su afecto, ni los antepasados y familiares con sus leyes y costumbres, ni los amigos y los que nos quieren dan cabida cuenta de quienes somos, dan sentido pleno a nuestra existencia. ¿De qué os sorprendéis entonces de que yo busque todo esto en Dios? ¿Cómo os sorprende que yo busque de Dios la razón de mi existencia que no me la podéis dar ninguno de vosotros? Y –añade-: que sepáis que Dios ya me ha revelado quién soy, porque Él es mi Padre.*

Claro, ellos no comprendieron la respuesta que les dio.

Primera expresión de la Piedad: Buscar a Dios como lo primero, el cual se revela como Padre y que entabla una relación con nosotros fuente de la propia identidad, seguridad y fuerza, por encima de lo que somos capaces de recibir de los padres o de los que nos quieren.

4.2. Vivía sujeto a ellos (Lc 2, 51).

“Bajó con ellos y vino a Nazaret, y vivía sujeto a ellos.”

Sorprende que finalizado el pasaje anterior, sin mediar más palabras, el texto evangélico sigue como acabamos de indicar. Se diría paradójico, pero no lo es. Una vez Jesús ha dejado claro cuál es la fuente de su identidad y de su existencia; una vez ha quedado libre a los ojos de José y María de cualquier vínculo esclavizante con la carne y la sangre, con sus parientes, con su pueblo, con sus tradiciones, con sus conocidos, ahora, ya es libre para someterse a ellos porque así lo ha dispuesto su Padre del Cielo. La Piedad de Jesús, el amor que profesa a *su* Padre del Cielo, se convierte en obediencia y veneración a sus padres, que son las personas, que el Padre ha amado y designado para su educación. Jesús ama a sus padres de veras y se somete voluntariamente a ellos mostrando, de este modo, su Piedad: agradecido a lo recibido de ellos, cumplidor de sus deberes para con ellos, dócil a sus indicaciones. Y esta obediencia será la fuente de su crecimiento. *“Jesús crecía en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres.”* (Lc 2, 52) Y estas actitudes de Jesús, aquilatadas en el hogar familiar serán las que perdurarán a lo largo de toda su vida y le llevarán a vivir haciendo dócilmente “la voluntad de su Padre”, verdadera fuente de fecundidad y de sentido de su vida. La obediencia a Dios y a sus padres será una obediencia exquisita, atenta, delicada, confiada, pronta; la obediencia propia de la Piedad, la propia de un corazón puro que se sabe perteneciendo a otro y que busca complacerle, darle gusto en todo. La obediencia propia de la Piedad es la que busca complacer a Dios y al otro, darle gusto en todo, no porque exista una relación viciada, de dependencia, interesada (ahí están los afectos y los lazos

carnales) sino como expresión del amor. La obediencia de Jesús con su Padre, la de Jesús con sus padres.

Segunda expresión de la Piedad: *Obediencia y veneración a los padres acogidos en el designio amoroso del Padre, como fuente de verdadero crecimiento interior y fecundidad en la vida.*

4.3. “Tú eres mi Hijo amado; yo te he engendrado hoy” (Lc 3, 22).

Jesús experimentará el modo de vida antes apuntado al menos durante 18 años seguidos, tras el pasaje del Templo.

Pero al inicio de su vida pública va a producirse un acontecimiento que nos va a ayudar a entender la fuente de la que dimana su amor filial, el manantial que alimenta su Piedad, la causa de su relación íntima con su Padre y el origen de sus convicciones y luces interiores: su Bautismo.

Jesús (y parece que él sólo —es una revelación más bien personal, una confirmación ‘sacramental’-) oye la voz del Padre, el Padre que le habla y el Espíritu Santo que certifica, confirma en su interior la palabra tantas veces oída y acogida en el corazón: “*Tú eres mi Hijo amado, el predilecto, el engendrado por mí*”.

Jesús ha ido creciendo en su identidad de Hijo y su Padre ha ido revelándosele poco a poco como tal en la escucha cotidiana y atenta de la Palabra. Es la Palabra del Padre que, por la acción íntima y misteriosa del Espíritu, le ha ido revelando a lo largo de su larga vida oculta la relación única de amor de predilección entre el Padre y Él. Hasta llegar a una intimidad con él que le permitirá llegar a decir: “*Nadie conoce quién es el Hijo sino el Padre; y quién es el Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar.*” (Lc 10, 22).

Será el Padre que habla al Hijo revelándole su amor de predilección, revelándole que él ha salido de sus entrañas, amándolo como a Hijo Único, quien pondrá en el corazón de Jesús la fuente de su amor filial, la fuente de su Piedad. Este amor tantas veces recibido y experimentado va a ser confirmado diríamos “sacramentalmente” para ser grabado a fuego en su corazón en el momento de su Bautismo y este hecho va a ser esencial para el inicio de su misión.

Y adelantemos ya el hecho de que esta iniciativa del Padre que habla a su Hijo y le revela su amor tendrá su correlato en la oración de Jesús, en la necesidad constante de retirarse a solas para hablar con él y llamarle: ¡Abbá!

Tercera expresión de la Piedad: *Escucha atenta de la Palabra del Padre que revela la propia condición de Hijo predilecto y amado.*

4.4. Las Tentaciones (Lc 4, 1-13 p).

Esta palabra fundamental, recibida del Padre, quicio y fundamento de sentido de la vida de Jesús va a ser constantemente puesta a prueba en su vida: el sufrimiento, los acontecimientos de la propia historia (el fracaso) y los ídolos de este mundo van a querer sofocar, negar, sirviéndose de la razón (el sinsentido) y de los sentimientos, la realidad del amor de Dios Padre.

Ante el propio sufrimiento la pregunta que brota espontánea es “Si eres Hijo de Dios...”; es decir: “Si Dios es tu Padre... ¿por qué sufres?, ¿cómo Dios permite el sufrimiento en tu vida?” (1ª tentación).

Ante el sinsentido de la propia historia jalonada por el rechazo, el anonimato y la falta de éxito, la tentación te empuja a renegar de ella, interpretarla como negación del amor de Dios y a intentar cambiarla buscando el éxito, la aceptación y el cariño de las personas. (2ª tentación).

Ante el silencio de Dios, ante la inseguridad que significa abandonarse en sus manos, la tentación brota espontánea en forma de seguridades, bienes, riquezas y gloria. (3ª tentación).

Estas tres tentaciones han acompañado la vida entera de Jesús como, de hecho, acompañan la vida de cada hombre y se resumen en una única tentación, una única mentira que el demonio se ha empeñado en colar en el corazón de Jesús (en nuestro corazón): “¡Dios no te quiere, no le importas, no eres nadie para Él! ¡Desengáñate, mira tu vida, mira lo que eres, mira lo que los demás dicen de ti, mira el poco caso que te hacen, ¿no te das cuenta que no vales nada?, tu vida no tiene sentido...! ¡Reniega de Dios! ¡Di que Dios es un monstruo!

En el momento de la tentación, cuando la experiencia del amor de Dios viene a ser probada, ¿cómo se manifiesta la Piedad de Jesús? En ese momento, como por resorte, a Jesús le brota del corazón la Palabra de su Padre que lleva dentro. Contesta con la Palabra a cada una de las Tentaciones y otorga más credibilidad a esa Palabra recibida que a lo que su razón y su sentimiento le dicen. Hace caso a su Padre y no a todas las voces que se desatan en su mente con una virulencia inusitada muchas veces. Se fía de Dios y no de sí mismo, o de lo que la razón le presenta como ‘evidencia’. La Piedad le impulsa a vivir de la fe, de la fe desnuda. Y Jesús hará un acto de fe ante la tentación. ¿Cómo si soy Hijo de Dios? ¡Dios es *mi* Padre! La Piedad, por tanto, se convierte en este momento en su auxilio frente a la tentación.

Este combate aparecerá, en toda su crudeza, y en su máxima expresión, ante la realidad de la cruz, en el momento de ‘la hora’.

Cuarta expresión de la Piedad: *En el momento en que la razón o el sentimiento (el sufrimiento) vienen a poner en duda la realidad del amor paterno de Dios, la Piedad se manifiesta como abandono en la fe, como acto de fe en la Palabra recibida y guardada en el corazón.*

4.5. La oración de Jesús.

Ya habíamos adelantado el hecho de que la iniciativa del Padre que habla a su Hijo y le revela su amor tendría su correlato en la oración de Jesús, en la necesidad constante de retirarse a solas para hablar con él e invocarle: ¡Abbá!

Jesús aparece en el Evangelio frecuentemente retirado en lugares solitarios donde muchas veces pasaba las noches “en la oración de Dios.”

Y es sencillo de explicar. La Piedad de Jesús, el amor único que profesa a su Padre le empuja a la intimidad con Él. Su Piedad se convierte ahora en oración silenciosa y frecuente. Movidado por ella se entrega al Padre como víctima de Amor, se le ofrece en sacrificio permanente, busca su rostro, escucha su voz, le confía sus angustias y hace suyo el clamor de los hombres para presentárselo al Padre de toda Misericordia. Jesús hace de su oración una donación y una entrega constante a la voluntad del Padre, su verdadero alimento. Muchas veces tendrá más necesidad de orar que de comer o de dormir puesto que su alimento y su descanso no es otro que hacer la Voluntad de su Padre. Su gozo y su alegría será complacer al Padre y darle gusto en todo. Y aquí, en el silencio de la oración es donde Jesús irá descubriendo un nuevo rostro de la Piedad, una nueva faceta que irá ganando su corazón, que comenzará a arder cada día con mayor intensidad en su interior.

Descubrirá en el corazón ardiente de su Padre un corazón lleno de compasión hacia los hombres: los pecadores, los niños, los pobres... los pequeños. El Padre ama a todos los hombres con el mismo amor con que Él es amado, especialmente a los pequeños, a los más despreciados y desdichados. Y Jesús quedará lleno de este amor compasivo y al ver a los que le siguen que caminan como ovejas que no tienen pastor comenzará a hablarles de la misericordia del Padre y dejará que sus palabras, sus gestos, su mirada se conviertan en la manifestación de esta Piedad que el Padre tiene de todos, de esta compasión sin límites, de este amor que al igual que el suyo es único, pleno para cada criatura.

Pero volvamos a la oración de Jesús. ¿Cómo sabemos que es con el Padre y no con Yahveh Sebaoth (el Señor de los Ejércitos), con el Addonay, como Moisés en el Sinaí, con quien habla Jesús? Porque, cuando sus discípulos, que lo veían rezar a solas, y que estaban profundamente intrigados por la oración de Jesús, le preguntan o le piden que les enseñe a rezar, Jesús les contestará: “Cuando oréis, decid: “Padre, Santificado sea tu Nombre...” Y les revela en una sencilla oración lo que implica y significa llamar a Dios Padre y ser hijos de Dios.

Finalmente, la oración de Jesús se volverá exultación cuando, *conmovido* por el Espíritu Santo, bendiga al Padre, señor de cielos y tierra, que revela a los pequeños, “hermanos de Jesús, hijos en Él”, sus secretos más íntimos (cf. Lc 10, 21 p).

***Quinta expresión de la Piedad:** La Piedad se convierte en oración silenciosa y frecuente donde entrar en diálogo de amor con el Padre, y hacer oblación permanente de la propia vida a su voluntad y misericordia.*

4.6. La “espiritualidad” y la predicación de Jesús.

Sería imposible –y, por otra parte, estaría fuera de mis posibilidades- hacer ahora todo un estudio de la “espiritualidad” de Jesús que adivinamos a partir de sus palabras y de su modo de obrar. Pero no nos alejaremos mucho de la verdad si al menos nos centramos en el Sermón de la Montaña para encontrar en síntesis el Evangelio de Jesús y, en dicho Evangelio, la espiritualidad y el modo de vida al que están llamados todos los renacidos (como hijos de Dios) de su Misterio Pascual. En el corazón del Sermón de la Montaña, en el centro de la vida nueva a la que Jesús nos llama está, como sosteniéndolo todo, como dándole sentido y unidad, “*nuestro Padre del Cielo.*”

Comienza con las Bienaventuranzas. Y en ellas, Jesús anuncia valientemente los bienes del Reino. Es el Padre de amor y misericordia el que se ofrece a sí mismo como riqueza de los pobres de espíritu, herencia de los mansos de corazón, consuelo de los que lloran, saciedad y colmo de los que tienen hambre y sed de ser santos, misericordia de los misericordiosos, objeto de contemplación de los limpios de corazón, Padre de los que trabajan por la paz, verdadera patria y descanso de los perseguidos por su causa.

La vida de los renacidos está llamada a ser sal de la tierra y luz del mundo para que todos aquellos que no encuentran un sentido a su vida o caminan en la oscuridad y en las tinieblas puedan reconocer en ellos el amor de Dios y “*glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos.*”

La nueva justicia, la nueva vida en la santidad, que Jesús ha venido a traernos por medio de su muerte y resurrección, no es sino la expresión de la nueva naturaleza de hijos recibida por el nuevo nacimiento. El perdón y la reconciliación, la pureza de corazón, la fidelidad en el matrimonio, el vivir en la verdad y en la sinceridad, el amor a los enemigos no son sino expresión de esta nueva naturaleza: “*para que seáis hijos de vuestro Padre celestial, que hace salir su sol...*” y manifestación de la santidad de Dios en nosotros: “*Vosotros, pues, sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto.*”

La limosna, en secreto, para que la única recompensa venga de vuestro Padre celestial, “*porque tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará.*”

La oración, en el aposento y, “*después de cerrar la puerta, ora a tu Padre, que está allí, en lo secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará.*”

Y al orar no hace falta charlar mucho, porque “*vuestro Padre sabe lo que necesitáis antes de pedirselo.*” Basta con decir: “*Padre nuestro que estás en los cielos,...*”

La capacidad para perdonar las ofensas será garantía de ser partícipes del perdón de nuestro Padre del cielo.

El ayuno, también en secreto, por idénticas razones a las de antes.

Frente a la tentación de amontonar riquezas en la tierra y de vivir angustiados por el mañana, el pan, el vestido y la propia vida, todo hijo de Dios está llamado a vivir abandonado a la providencia en los brazos de Dios, “*pues ya sabe vuestro Padre celestial que tenéis necesidad de todo eso. Buscad primero su Reino y su justicia, y todas esas cosas se os darán por añadidura.*”

La llamada a no juzgar porque el juicio es de Dios que juzga siempre con misericordia.

La invitación a pedir, a buscar y a llamar con la total confianza de recibir, hallar y ser recibidos porque si cualquier padre lo hace con su hijo, “*¡cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará cosas buenas a los que se las pidan!*”

Finalmente, la llamada a vivir en la verdad y en la rectitud teniendo como único afán y deseo hacer la voluntad de Dios puesto que “*no todo el que me diga: ‘Señor, Señor’, entrará en el Reino de los Cielos, sino el que haga la voluntad de mi Padre celestial.*”

Podríamos (y quizás deberíamos hacerlo todos), finalmente, coger el evangelio de Juan y perdernos en las profundidades de la intimidad de amor que reina entre el Padre y el Hijo. Nos encontraríamos de pleno con las manifestaciones más puras de la Piedad de Jesús. Sería interminable y no es momento para abundar más en ello.

Valga como resumen de este sexto apartado la

Sexta expresión de la Piedad: *La Piedad en su expresión cotidiana se convierte en vivir cada instante en la presencia del Padre, abandonado en sus brazos, cogido de su mano, “como un niño de dos años que, sin su ayuda cae muchas veces” y “desconfiar siempre de sí mismo e invocar siempre la ayuda de Dios.” (Calasanz, 1628)*

4.7. Getsemaní y el Gólgota.

Los relatos de la Pasión nos acercan al momento decisivo, expresión definitiva de la misión de Cristo en la tierra: el momento de amar a los suyos hasta el extremo y de pasar de este mundo al Padre. Jesús entra en el huerto de Getsemaní y comienza a clamar a Dios: *¡Abbà!... si es posible...* y a sudar sangre porque todo su ser se rompe al entrar en este acto último de obediencia al Padre (no mi voluntad sino la tuya) que le pide ser víctima de propiciación por la humanidad entera; es decir: que cargando con los pecados de todos, teniendo misericordia de todos, se convierta en víctima de amor universal, víctima que devuelve a los pecadores al Padre. Jesús como hombre se rompe no por el dolor o por temor a la muerte, sino por ver en su carne, en su humanidad, en su persona, el poder reconciliador de Dios que teniendo piedad y misericordia de los hombres entrega a su Hijo Único en rescate por todos. Y descubre esta locura de amor de Dios por los hombres (también por los que le entregan y por los que le abandonan y por los que le insultan y abofetean y escupen y flagelan hasta desfigurar su rostro y hacerle perder la apariencia de hombre); descubre que esta locura de amor de Dios por los hombres pasa

por él, pasa por su obediencia, pasa por su entrega. Y su carne, su psicología se rompe hasta sudar sangre. Y en medio del huerto sólo se oirá: ¡Abbà!, ¡Papaíto!

Y en la Cruz, cuando de nuevo aparezca con toda su virulencia la tentación primordial y de nuevo satanás intente oscurecer el rostro de amor de Dios Padre, cuando se le plantee una vez más y de un modo definitivo la tentación: “Si eres Hijo de Dios... bájate ahora de la cruz y creeremos en ti.” Entonces, a pesar que, de hecho, Dios ha ocultado su rostro, a pesar de que se ha apagado su voz, Jesús, también enmudecido pronunciará, no obstante, siete palabras salvíficas para los que le escucharon y para nosotros. Y de las siete, la primera palabra y la última será: ¡Padre!

La primera para expresar en la Cruz el acto definitivo de compasión (piedad) para con los hombres: “¡Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen!”

La séptima y última para expresar lo que ha sido su vida y hacer el último acto de fe, última respuesta dada al tentador que con la ‘evidencia’ de la Pasión y la Cruz le ha querido hacer apostatar de Dios: “¡Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu!”

Y de las siete, una tercera que nos interesa considerar. La dice al discípulo amado, la dice, en primer lugar, a María: “Mujer, ahí tienes a tu hijo.” “Ahí tienes a tu Madre.” “Y desde aquella hora el discípulo la recibió en su casa.” (Jn 19, 26-27).

Jesús, en la cruz, nos ha confiado a la maternidad de María, de modo que, acogiéndola como tal, podamos cumplir con ella el deber propio de la piedad para con la madre. De hecho, Juan, al recibirla como Madre, hace inmediatamente un acto de piedad para con ella, que es acogerla en su casa. Jesús hace un acto de verdadera piedad para con nosotros al entregarnos a María como Madre, para que amándola y venerándola como él la amó, aparezca en nosotros la misma imagen del Hijo; para que amándonos María como amó a su Hijo, engendre en nosotros la imagen de Jesús.

Séptima expresión de la Piedad: La expresión máxima de la Piedad es la entrega hasta dar la vida por los hermanos y el abandono más absoluto en los brazos del Padre y en la maternidad de María.

4.8. La octava manifestación de la Piedad.

Siete es el número de la perfección en la tierra, pero ocho es el número del Cielo. Lo que estamos llamados a vivir en plenitud en la tierra está dicho. Pero, la octava manifestación de la Piedad sólo la conoceremos cuando seamos llamados al seno del Padre. “Porque ahora somos hijos de Dios, pero aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal cual es.” (1 Jn 3, 2)

Octava expresión de la Piedad: La última manifestación de la Piedad en nosotros es un íntimo y confiado anhelo del Cielo, donde nos espera un lugar reservado en el seno de las Tres Divinas Personas.

3ª Síntesis: (sería condensar aquí, si se ve oportuno, las ocho expresiones de la Piedad de Jesús).

5. “NADIE VA AL PADRE SINO POR MÍ”

Llegados a este punto, la pregunta surge fácil: ¿Es acaso la Piedad de Jesús el modelo a imitar por cada uno de nosotros, el modelo que tenemos que presentar a los niños para ‘imbuirlos’ en la Piedad?

A este respecto, yo estoy firmemente convencido (y la experiencia del Oratorio así lo avala) que en nosotros –en los niños- no es posible la Piedad sin Jesús. Me explico: Este don del Espíritu Santo que se convierte en multiforme manifestación de amor al Padre, no nos lleva a Él sino a través de Jesús. Porque la clave de toda pastoral (¡y en los niños esto es esencial!) es: “*Nadie va al Padre sino por mí*” (Jn 14, 6). ¿Entonces qué?, ¿de qué se trataría?

En nosotros –en los niños- aparecerá la piedad de hijos si somos llevados, atraídos, conducidos a Jesús (“*Nadie viene a mí si mi Padre no lo atrae*”) y vivimos en (Jesús) la Piedad de Jesús. La Puerta, el Camino que nos lleva al Padre es Jesús, el Hijo que nos hace hijos. Así que lo que hay que hacer con los niños es ***llevarlos a Jesús e introducirlos, sumergirlos (imbuirlos) en su Piedad.***

“Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida.

Nadie va al Padre sino por mí.

Si me conocéis a mí, conoceréis también a mi Padre.” (Jn 14, 6-7)

“Aquel día comprenderéis que yo estoy en mi Padre y vosotros en mí y yo en vosotros.” (Jn 14, 20)

Estar nosotros en él y él en nosotros para estar con él en el Padre, esta es la obra del Espíritu en aquellos que, niños entre los niños, se acercan a Jesús.

6. IMBUIR A LOS NIÑOS EN LA PIEDAD DESDE SU MÁS TIERNA INFANCIA

Ya hemos visto que imbuir a los niños en la Piedad consiste en acercarlos a Jesús para que unidos a Él y partícipes de su Espíritu puedan vivir la piedad del Hijo.

Y siguiendo una a una las diferentes “expresiones de la Piedad” de Jesús que antes hemos ido analizando podríamos decir que imbuir a los niños en la Piedad sería lo siguiente:

1º Responsabilidad primordial de los padres creyentes y/o de la Escuela Calasancia será “empujar a los niños a las cosas de Dios”. Porque es él quien nos ha creado en su mente y su corazón (nos ha amado) desde siempre; que nos ha formado (tejido) en el seno de nuestras madres (con la misma belleza y bondad de la primera Creación), que nos llama por nuestro nombre porque nos conoce y nos ha hecho únicos y preciosos a sus ojos. Aquel, en definitiva, de quien venimos y de quien somos. A él pertenecemos con más razón que a nuestros padres. Su amor es la razón de nuestra existencia: existimos porque nos ama. Por lo tanto no es el amor carnal de los padres, ni su afecto o su cariño, ni sus planes o proyectos sobre nosotros, ni las tradiciones, la cultura, la tierra en la que nacimos la que nos da la identidad. Todo eso es importante en nuestra vida porque nos viene de él y lo ha elegido él para llamarnos a la existencia y para darnos el ser, pero todo procede de él. Acercarse a cómo Jesús ha vivido todo esto y vivir nuestra propia realidad en él (como él).

2º De esta revelación brota el segundo rasgo de la piedad: el amor, la veneración y la obediencia a los padres. Sólo la paternidad de Dios cura las heridas que producen en todos la “paternidad” y la “maternidad” de los hombres. La experiencia de la paternidad de Dios da unos nuevos ojos con los que mirar a nuestros padres, sobre todo porque aparecen como integrantes principales de ‘los planes de Dios’ y de ‘sus cosas’ con cada uno de nosotros. La paternidad de Dios hace que veamos como debilidad en nuestros padres lo que tantas veces hemos considerado como injusticia, nos permite justificar lo que antes les reprochábamos. ¡Y todo ello es perfectamente posible en los niños pequeños! que sufren hoy como nunca la falta amor en sus casas y que, paradójicamente, están llamados a ser ‘ministros de reconciliación’ en sus familias por medio de su obediencia y su perdón.

3° También los niños necesitan como Jesús que la Iglesia (la Escuela Pía) certifique de un modo sacramental en ellos la palabra fundamental del Padre: “Tú eres mi hijo amado, yo te he engendrado.” Los gestos litúrgico-sacramentales les son necesarios: imposición de manos, ser abrazados, bendecidos, tratados uno a uno, personalmente, siempre pero más que nunca en dichos momentos donde la Palabra se hace doblemente eficaz porque va acompañada del signo sacramental. De ellos guardan recuerdo imborrable y significan la confirmación en su corazón de la Palabra escuchada.

4° Al igual que Jesús tendrán que ser enseñados en hacer “actos de fe, esperanza y caridad” del mismo modo que Jesús, en medio del sufrimiento y de la prueba, contestó al demonio haciendo un acto de fe desnuda en la Palabra recibida. Será imbuirles en la Piedad poner en su corazón la palabra apropiada, acogida, aprendida, memorizada, repetida, que brote espontánea cuando se oscurezca todo y venga el sufrimiento. Y así aprender a creer en Dios, aprender a esperar en él y aprender a amarlo a él por encima de todo, con todo el corazón, con toda la mente y con todas las fuerzas.

5° Será imbuirlos en la Piedad llevarlos a la intimidad de Jesús con su Padre donde entregarse con él a su designio de amor. Por lo tanto, enseñarles a hacer ofrenda de la propia vida (‘ofrecimiento de obras’ dicen nuestros mayores), y aprender del corazón misericordioso de Dios su misericordia y su compasión para con los hombres.

6° Acercarse a Jesús para aprender de él su “espiritualidad de niño”. Sólo los niños pueden encarnar el Sermón de la Montaña, que es una Palabra que escandaliza a la razón y al sentimiento (imposible para “adultos”), pero que describe la actitud, los sentimientos, el modo de ser de un niño pequeño que lo espera todo de su papá, un papá que lo puede todo, lo sabe todo, y que ama con locura a sus pequeños.

7° A los niños les impresiona sobremanera la piedad que Jesús nos tiene en su Pasión, descubren en ella el amor llevado hasta el extremo (sobre todo en el perdón) y son capaces de reconocer a Jesús colgado de los brazos de su Padre en la cruz. Ponerlos ante este misterio es ya, de hecho, imbuirlos en la Piedad.

8° La máxima y última expresión de la Piedad es el deseo del Cielo. No está en nuestras manos infundir dicho deseo en el corazón de nadie. No será poco que a los niños se les anuncie la realidad del Cielo y de la vida eterna. El icono de la Trinidad es un ‘lugar teológico’ y yo diría ‘lugar pastoral’ perfecto para descubrir el deseo que las Tres Divinas Personas tienen de habitar en nosotros por el amor como anticipo y garantía del Cielo.

(Mucho faltaría todavía para dar una mínima respuesta al título de estas líneas. Sería necesario ahora adentrarse en la escuela de Calasanz para ir descubriendo cómo el Señor le inspiró llevar todo esto a cabo con los niños. Valga decir, de momento, que en la intención de Calasanz aparecieron tres finalidades últimas en su ministerio apostólico:

- *Llevar a los niños a Jesús y al Padre (Experiencia de Dios).*
- *Iluminar dicha experiencia con la luz de la fe (Instrucción catequética).*
- *Conformar la vida de los niños a esta verdad (Cambio de costumbres).*

Tarea, ésta, urgente y necesaria para el bien de nuestros pequeños.)

Ad maius pietatis incrementum.